

GFS-141-D

Una isla ignorada
(mecanografiado)

UNA ISLA IGNORADA

Comedia en tres actos, original
de Charles Thomson, vertida al
castellano por Guillermo y Rafael
Fernandez-Shaw.



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

UNA ISLA IGNORADA

PRIMER ACTO

El interior de una gran tienda de campaña, cuyas lonas del fondo, alzadas, permiten ver un panorama alegre de plantas tropicales. Al fondo, el mar.

Muebles ligeros modernos, dentro de la tienda: dos mesas y unas cuantas sillas plegables. También un par de sillones. Sobre un banco rústico, papeles y carpetas. Un gran calendario pendiente de una de las lonas. Esterillas y telas de colores forman el único complemento del sencillo y alegre conjunto.

Ante una de las mesas, DAVID FERGUSON escribe; OCTAVIO, su secretario, de pie, se inclina ante ~~WUWUWU~~ la otra mesa, sobre cuyo tablero se extiende un mapa. Entra por el fondo BERNABÉ, con una escopeta colgada de un hombro.

BERNABÉ.- ¡Interrumpo?

DAVID.- Estás en tu casa. ¿Necesitas algo, Bernabé?

BERNABÉ.- Repuesto de cartuchería. Tuve mala suerte ayer con el Kanguro y se me acabó la carga.

DAVID.- Ya sabes que hay que escatimar municiones. (LE ENTREGA UNOS CARTUCHOS QUE SACA DEL CAJON DE LA MESA)

BERNABÉ.- Pero le de hoy vale la pena: hay un ave del Paraíso que me trae loco.

DAVID.- En estos países hay pájaros preciosos; y de una carne muy comestible.

BERNABÉ.- Si no quiere usted nada... (RETIRÁNDOSE HACIA EL FONDO)

DAVID.- Nada, Bernabé; buena caza.

BERNABÉ.- Hasta luego. (MUTIS)

OCTAVIO.- (LEVANTANDO LA MIRADA) Si todos los primeros pobladores de esta isla fueran como Bernabé, tendríamos resueltos ya los problemas de la instalación.

DAVID.- ¡Tú qué haces?

OCTAVIO.- Cuanto más estudio el mapa, menos adivino endonde estamos.

DAVID.- ¡Y a tí qué te importa saber endonde estamos? En una isla en el mar. ¿No era ésto lo necesario? ¿No es ésta la clave del negocio?

OCTAVIO.- Desde luego, señor Presidente; pero, una vez aquí, la imaginación se resiste a dejar de hacer cálculos. (SEÑALANDO CON UN LÁPIZ EL MAPA) Admitido que la ISLA X-42 no es ninguna de las que aparecen en los mares conocidos por nuestros navegantes; admitido que jamás dió conocimiento de ella piloto aviador alguno... Pero, digo yo: ¿quién garantiza que otro piloto, en el futuro, no pueda descubrirla lo mismo que la descubrió Peter Douglas?

DAVID.- Mira, Octavio: esa pregunta es lógico que la haga cualquiera de nuestros clientes; ¡pero tú!... Este negocio, como tantas cosas fundamentales en la vida, es cuestión de fé.

OCTAVIO.- A mí no me falta.

DAVID.- Ya lo sé; pero no tienes corazonadas. Hay que saber escuchar esa voz interior que te dice: -"¡Por aquí!" Y, luego, tener valor para obedecerla.

OCTAVIO.- A mí me ha bastado con obedecerle a usted.

DAVID.- Pero le pides luego la explicación a los mapas. Yo he tenido fé en Peter Douglas: me dijo en Nueva York un día: -"He encontrado una isla, fuera de todas las rutas, que nadie más podrá ver si yo no le llevo." -"¿Y qué has pensado hacer con ella?", le pregunté. -"¡Ofrecérsela al Gobierno de la Nación!" -"Esa isla, -le repuse, -es la base de nuestra fortuna, si tú quieres." Y, como él quería, ya estamos en ella.

OCTAVIO.- (DOBLANDO EL MAPA) No falló el descubrimiento del aviador. Pero también él puso fé en usted.

DAVID.- Porque él operaba sobre un hallazgo y yo sobre algo que tampoco falla: el miedo. ¿Tú has reflexionado sobre lo que es el miedo colectivo?

OCTAVIO.- ¿Y si la guerra mundial, a pesar de todo, no se produce?...

- OCTAVIO.- Las mujeres no distinguieron de épocas para sus cariosidades. Pero yo no puedo complacerla; soy tan ignorante como usted, y esa ignorancia...
- CLOTILDE.- Mira, rico: en el mundo es natural que se mantenga un secreto; pero aquí, rodeados de agua por todas partes...
- OCTAVIO.- ¿Y quién le dice a usted que el señor Mackena no se trajo una Estación de Radio, que Bernabé no se escapa el mejor día, que a usted misma no la raptan unos piratas? No yo conozco la situación de la isla, ni quiero la responsabilidad de conocerla.
- CLOTILDE.- (SENTÁNDOSE EN UNO DE LOS SILLONCITOS PLEGABLES) Todos los hombres sois iguales: incapaces para la rebeldía. (POR LA DERECHA LLEGA EL SEÑOR MACKENA, HOMBRE DE EDAD PROVECTA, LIMPIO Y ESTIRADO)
- MACKENA.- ¿Hemos quedado en que ésta es la Oficina Central?
- OCTAVIO.- Adelante, señor Mackena. Aquí hemos concentrado los servicios de información. Siéntese, si desea.
- MACKENA.- Gracias. Quiero el libro de reclamaciones.
- OCTAVIO.- ¿Cómo?
- MACKENA.- Este no es lo convenido. A mí se me prometieron comodidades que no tengo. En los folletos de propaganda se hablaba de una nueva Costa Azul, de unas Islas Canarias...
- CLOTILDE.- ¡Ave María Purísima!
- OCTAVIO.- Se decía sencillamente que, así como las Islas Canarias o Monte Carlo ofrecían al forastero la seguridad de un clima maravilloso y de una paz venturosa, ahora la nueva isla desconocida garantizaba ante los peligros de una próxima guerra...
- MACKENA.- (CORTÁNDOLE) Hasta ahí vamos bien, amigo. El lugar es desconocido y, por lo tanto, seguro; pero, ¿y los demás? ¿Usted concibe, señora, una vida sin Casino y sin baño?
- CLOTILDE.- Tiene usted la playa y tiene ~~WWW~~ mis barajas. Ayer ~~XXXXXXXX~~ nos ganó usted a todos.
- MACKENA.- Tá, tá... Esto podrá aguantarse dos semanas; pero ni un día más. Y gracias a que yo me traje repuesto de tabaco. (VOLVIÉNDOSE BRUSCAMENTE A OCTAVIO) ¿Ha previsto la Sociedad que puedan agotarse los cigarrillos? Porque, por el precio que nos ha cobrado, bien podía.
- OCTAVIO.- (ABRIENDO UN ARCA) El suministro está asegurado hasta que llegue el vapor fletado por la Sociedad. Ya estará en ruta.
- CLOTILDE.- ¡Esta es otra! Los que embarcaron sabrán adónde vienen.
- OCTAVIO.- Saben lo que usted sabía cuando tomó el avión. Ni el capitán del buque habrá conocido el rumbo a seguir hasta no abrir un sobre en determinado lugar del Océano.
- CLOTILDE.- ¡Qué hombres!
- OCTAVIO.- (A MACKENA) Y cuando el barco llegue con pasajeros y carga, podrán atenderse mejor que ahora esas comodidades que aún ~~ME~~ faltan a los impacientes que vinimos por el aire. ¿Comprende ya, señor Mackena?
- MACKENA.- Yo, de todos modos, quiero que conste mi reclamación.
- OCTAVIO.- Encantado. (PONE SOBRE LA MESITA UN LIBRILLO DE PAPEL DE FUMARQUE EXTRA DE SU PANTALÓN) A su tiempo se irán pasando las protestas al libro mayor. (MACKENA SE SIENTA Y ESCRIBE) Confieso que también en esto me faltó previsión.
- CLOTILDE.- ¿Por qué dice "también"?
- OCTAVIO.- Porque, a la hora de salir, me olvidé de los libros... y de los perros.
- CLOTILDE.- (A MACKENA, QUE SIGUE ESCRIBIENDO) ¿Es usted casado, señor Mackena?
- MACKENA.- (LEVANTA LA CABEZA, MIRA FIJAMENTE A CLOTILDE Y RESPONDE PAUSADO) Yo no le pregunté todavía la edad que tiene.
- CLOTILDE.- Ni yo le exijo que me diga la verdad. Quería, sencillamente, interesarme por su señora y sus hijas.
- MACKENA.- Me cree usted capaz de dejarlas en peligro, salvándose yo...
- CLOTILDE.- No tanto: le considero le suficientemente excéptico para no haber venido a salvarse.
- MACKENA.- ¡Ah, vamos! ¿Una excentricidad de turista?
- CLOTILDE.- O una jugada de Bolsa.
- MACKENA.- (LEVANTÁNDOSE) Pues ni lo uno ni lo otro, señora. Soy soltero y a nadie, - ni a usted, - tengo que dar cuenta de mis actos. Si el punto geográfico de esta isla es un secreto, puede serlo también l

VERSE, VE EN EL FONDO, POR DONDE ELLA ENTRÓ, LA FIGURA DE BERNABÉ, QUE REGRESA) ¡¡No!! ¡Socorro! Ese hombre quería matarme. ¡Defiéndanme! ¿No ven que me persigue? (LOS TRES CUBREN SU CUERPO)

CLOTILDE.- ¡Es cierto, Bernabé? ¡Deja la escopeta, hombre!

BERNABÉ.- (LLEVANDO SU ARMA A UN RINCÓN) Es verdad que la perseguí: no miente. Pero yo, desde lejos, la tomé por una alimafia, por un ave zancuda, no sé... Esas grandes plumas entre los cañaverales me confundieron; y hasta aquí vine tras ella. (ACERCÁNDOSE CARINOSO) Pero yo no te quiero mal tampoco; no temas de mí. ¿Quién eres, mujer desconocida? (A LOS OTROS) ¡Le han preguntado ya cómo se llama? (TODOS MIRAN A CLARA, INTERROGANTES) (CLARA CALLA)

ENRRKWW CLOTILDE.- ¿Cómo te llamas? ¿Mí dí...

CLARA.- ¡Yo? Lo olvidé... No: creo que me llamaban Clara.

OCTAVIO.- Clara... ¿qué?

CLARA.- (DESPUES DE UNA BREVISIMA PAUSA) No me acuerdo de más.

CLOTILDE.- Siéntate, Clara. Poco a poco nos irás contando; pero es preciso que te tranquilices. (CLARA VUELVE A SENTARSE) Todos somos tus amigos: el señor Mackena, que te ha dado su coñac; Octavio, que no tiene ojos verdes, pero parpadea; Bernabé, que te ha proporcionado un susto, pero es un buen chico. Mirales sin temor: es el que sale con la escopeta para traernos la caza del bosque.

CLARA.- (OTRA VEZ TEMEROSA) ¿A qué se vá al bosque este hombre?

MACKENA.- ¿Tienes en el bosque algo que te interese?

CLARA.- Allí están... mis amigos.

CLOTILDE.- ¿Quiénes son tus amigos?

CLARA.- No sé... Los animales que tú quieres matar. (A BERNABÉ) Yo no recuerdo los nombres; pero sé que son buenos y a nadie hacen mal. No hablan, pero saben mirar con cariño; y, por las noches, cuando la tierra se estremece de frío, se acuestan a mi lado y me dan su calor.

BERNABÉ.- No iré más por el bosque con mi escopeta. Tampoco tú volverás por allí: te quedarás con nosotros, ¿quieres?

OCTAVIO.- Encenderemos fuego para que te calientes.

CLOTILDE.- Te daremos ropas con que te abrigues.

MACKENA.- Si quieres mi coñac...

CLARA.- Yo no os conozco, y a mis amigos, sí. Llegué un día... ya no me acuerdo cuándo...

CLOTILDE.- ¿Cómo viniste? ¿En qué barco?

CLARA.- ¡Espera! ¿Vine en barco? ¡Sí! Era un buque hermoso... ¡Aún me parece que le veo!

OCTAVIO.- ¿Se llamaba?

CLARA.- No sé.

OCTAVIO.- ¿De dónde venía?

CLOTILDE.- ¿Adónde iba?

CLARA.- (MOVIENDO LA CABEZA NEGATIVAMENTE) Me falla la memoria. ¡Aquel golpe tremendo que me di! Pero, espera: era un barco muy hermoso. ¡Ahora! Pintados de azul y blanco; con unas grandes chimeneas... y un humo muy negro. Ya voy recordando: iban muchos hombres y muchas mujeres... como yo. (A CLOTILDE, COMO ANTES) ¡Espera! Y también, Lorenzo.

CLOTILDE.- ¿Adónde iba Lorenzo?

CLARA.- ¿Adónde? ¿Pues, adónde iba a ir? ¡A trabajar! ¡A trabajar conmigo! Los dos juntos.

OCTAVIO.- Pero, ¿en dónde?

CLARA.- Ya no me acuerdo de más. (MOVIMIENTO DE DESENCANTO EN LOS OTROS)

MACKENA.- Déjala descansar. ¡Que se vaya con sus animales tranquila!

BERNABÉ.- Pero lo piadoso es retenerla, acostarla. Que en una de nuestras camas pueda dormir.

CLARA.- ¿Dormir? (HA QUEDADO COMO ENSIMISMADA)

"Dormir bajo las estrellas

con manto de noche blanca.

Dormir sin que nos despierten

las olas del mar que saltan"... (SE INTERRUMPE EN SU CANTO)

¡El mar! Era el mar que rugía. Otra vez recuerde. (TODOS VUELVEN A ACERCARSE) El barco se estaba hundiendo; y Lorenzo iba solo conmigo en una lancha. ¡Cómo remaba! ¡Cómo me animaba con sus gritos!:-" ¡Ani-

mo, Clara! ¡Animo, Clara!" (Si: me llamo Clara) ¡Qué pasó luego? No sé... Le veo hundiéndose en el agua y mirándome con aquellos ojos verdes... ¡Qué horror! Y un golpe en la nuca... y un despertar en la playa entre mis amigos, que me lamían con sus lenguas. (INICIANDO OTRA VEZ EL CANTO)

"¡Dormir bajo las estrellas..."

(REACCIONANDO) ¡Ya no podré dormir en toda la vida!

OCTAVIO.- (QUE SE HABÍA APARTADO CON MACKENA) Estos casos de amnesia por conmoción son frecuentes; pero se tratan con éxito. (ALTO) Creo que el señor Presidente debe tener noticia de este aumento de población. Es un huésped imprevisto.

MACKENA.- Y una boca más, con la que no contábamos.

CLOTILDE.- (UNIÉNDOSE A ELLOS) No han de tardar las provisiones del vapor.

MACKENA.- ¡Hum!.. Los barcos a veces naufragan...

OCTAVIO.- Enteremos al Presidente, si os parece.

CLOTILDE.- Pero no me prives del placer de darle yo la noticia. (SE VAN POR EL FONDO. CLARA HABÍA VUELTO A QUEDAR CALLADA Y PENSATIVA, EN SU SILLÓN. BERNABÉ, EN SEGUNDO TÉRMINO, LA CONTEMPLA, APOYADO EN UNA DE LAS MESAS.) (UN SILENCIO)

CLARA.- (DÁNDOSE CUENTA DE QUE HA QUEDADO SOLA CON BERNABÉ) Ahora puedes matarme impunemente. Ni me defiende, ni me mueve.

BERNABÉ.- Jamás pensé tirar sobre tí.

CLARA.- Pues, ¿qué hacías?

BERNABÉ.- Te acorralaba. Al principio, entre los cañaverales, me diste miedo. Luego comprendí que me huías; y entonces te perseguí. No me equivocaba.

CLARA.- ¿Por qué?

BERNABÉ.- Porque sospeché que aquel ser ligerísimo, que se coronaba con plumas de colores (CLARA SE LAS QUITA) era algo distinto de lo vulgar, ¡fuera de lo corriente!

CLARA.- Y era la más vulgar de las criaturas: una infeliz mujer.

BERNABÉ.- No era la gacela ni el ave que yo buscaba, pero sí la mujer joven que faltaba en la isla.

CLARA.- ¿Esto es una isla?

BERNABÉ.- Una isla es.

CLARA.- ¿Cómo se llama?

BERNABÉ.- Nuestro jefe la llama X-42, por designarla de algún modo; pero no sabemos si tiene nombre. (AVANZA A PRIMER TÉRMINO)

CLARA.- Entonces, ¿dónde estamos? ¿Lo ignoras? (NUEVE BERNABÉ LA CABEZA AFIRMATIVAMENTE) ¿Es posible? Y, en el bosque, me había resignado con mi suerte. Mis amigos no me preguntaban nada; yo no tenía qué contarles; y en esa falta de diálogo se diluía el caudal de mis sentimientos. Pero ahora habéis venido vosotros a alterar mi paz, a conmover mi pobre cerebro... Por que vuestras palabras, - tus palabras, - son como una luz que va despertando mis sentidos y dándome toda la medida de mi desgracia.

BERNABÉ.- Yo no quiero hacerte sufrir. Si quieres quedarte sola...

CLARA.- ¡Ya, no! Escucha: has podido matarme, pero quizás ahora me estés dando la vida. Necesito saber dónde estamos. ¡Sí! Yo he dejado una hija con mi madre, allí en el campo querido. Lorenzo y yo nos embarcamos atraídos por el oro: para que a la niña luego no le faltase nada. ¿Sabes? Éramos un matrimonio muy feliz. ¿Adónde íbamos?

BERNABÉ.- ¡El Brasil, Bolivia, Rodesia?...

CLARA.- ¡Rodesia! Creo que Rodesia, sí... Y mi niña y mi madre no sabrán ahora de nosotros... ¿Tú podrías llevarme junto a ellas?

BERNABÉ.- Si yo pudiese, lo haría. Pero no sé dónde estamos, ni tampoco cuando podremos volver al mundo.

CLARA.- Mi madre, en vuestra casa de... en nuestra casa de Virginia... rezará por mí; la niña, sentada a su lado, llorará por sus padres. Tú, que tienes escopeta, ¿no puedes volverme a mi casa? ¿A qué habéis venido? ¿Quiénes sois? ¿Qué pretendéis?

BERNABÉ.- Es largo, para contártelo ahora. Tienes en el mundo seres muy entrañables y no comprenderías ciertas reacciones de los hombres.

CLARA.- Pero estos hombres... ¡vosotros! tendréis allá familias, afectos, amistades... ¿No sentís el ansia de volver a verlos?

BERNABÉ.- Yo no tuve a nadie en el mundo. No he conocido a mis padres.

CLARA.- (SINCERA) ¡Pobre!

BERNABÉ.- Y me crié en la calle lo mismo que un pájaro. Pero tuve mucho que agradecerle a Dios: me regaló un cerebro y un corazón, y con ellos me lan-

có a la vida y hasta tuve el premio de ser un hombre honrado. ¡Cuesta mucho ser honrado cuando no hay cariños que frenen ni educaciones que guíen!

CLARA.- ¿Tú no tienes hijos ni padres que te esperen?

BERNABE.- Te he confesado mi verdad.

CLARA.- Entonces, no tienes prisa ninguna por volver.

BERNABE.- Hasta ahora todo mi mundo ha sido mi persona. Pero me han interesado esos cariños tuyos que te llaman.

CLARA.- (CONMOVIDA) Gracias. Los demás hombres, ¿vinieron también por su gusto? ¿Nadie les aguarda?

BERNABE.- Eso creo.

CLARA.- (EN UN ARRANQUE) ¡Déjame volver con mis amigos! Me echarán ya de menos, y yo no hago falta aquí.

BERNABE.- ¡Pero, yo!...

CLARA.- Tú puedes ir a verme cuando quieras: sin la escopeta, naturalmente. No temas; que allí nadie te hará mal. Y cuando venga un barco o un avión y puedas llevarme con los míos, vé a buscarme a la gruta del bosque; yo allí te espero. (MIRÁNDOLE CON CARINO) ¿Te atreverías?

BERNABE.- A tus amigos los animales nunca les tuve miedo. Pero... ¡volver!... ¡Es tan difícil eso!

CLARA.- Más difícil ha sido llegar; y aquí estamos los dos. (CAMBIANDO DE TONO) ¿Me dejas marchar a mi refugio?

BERNABE.- Ya tienes el camino libre.

CLARA.- Y el día que quieras, si entras por donde vá el arroyo, no tienes más que seguir contra corriente. A los tuyos, díles que me escapé. Lo creerán: los tengo sin cuidado. (SE DISPONE A MARCHAR POR LA DERECHA)

BERNABE.- Un momento, Clara. (TOMANDO LA MANTA DE COLORES QUE DEJÓ AL COMIENZO DEL ACTO) ¿Quieres abrigarte con esta manta de lana? Ya sé que no la necesitas, pero es lo que puedo darte mío.

CLARA.- (LA TOMA, Y SE ACARICIA CON ELLA LA CARA) Te la acepto porque huele lo mismo que otra que yo tenía de niña. ¡Esto sí que me recuerda cosas!

BERNABE.- (DESPLIEGA LA MANTA Y SE LA COLOCA A MANERA DE CAPA) ¡Ajá! Así no tendrás que buscar calor de nadie ni de nada.

CLARA.- Descuida. Me vas poniendo la manta y me parece que me vá abrazando mi madre. (INICIA DE NUEVO EL MÚTIS) Y ya te he dicho: si pasa un barco, si podéis avisarle, llévame con los míos, cazador!

BERNABE.- (VA A PROTESTAR, PERO SONRÍE Y SÓLO LE DICE ESTRECHANDO LA MANO QUE ELLA LE TIENDE) Adiós...

CLARA.- ¡Gracias! (Y DESAPARECE POR LA DERECHA)

BERNABE.- (MIRA POR DONDE CLARA SE FUE. DESPUÉS, RÁPIDO, VÁ A LA MESA DONDE OCTAVIO DEJÓ EL MAPA, Y EXTIENDE ÉSTE SOBRE ELLA) De Virginia a Rodesia... De la costa americana al Africa del Sur... Estamos en el Atlántico, sin duda... Pero, ¿de qué costa americana vino esta mujer? (DEJA EL MAPA) Yo, que no quería saber nada, ¿porqué siento ahora afanes de saberlo todo? (POR EL FONDO LLEGAN CLOTILDE, DAVID, OCTAVIO Y MACKENA. CLOTILDE VUELVE A TENER EN BRAZOS A SU PERRITA; SE ADELANTA AL GRUPO Y ENTRA LA PRIMERA)

CLOTILDE.- He pensado, Clara, prestarte uno de mis trajes. (SE DETIENE) ¿Dónde está esa chica?

OCTAVIO.- (ENTRANDO) Quiero presentarte a nuestro Presidente.

BERNABE.- Es inútil: voló.

MACKENA.- ¿Cómo?

BERNABE.- Quise retenerla, pero escapó ligera como un corzo.

DAVID.- Le di miedo, sin conocerme. (RÍE)

BERNABE.- Le dimos miedo todos.

DAVID.- Resuelto lo de la alimentación, señor Mackena.

MACKENA.- Resuelto, a medias; porque ahora es el problema más grave. ¿Y si esta mujer nos ha engañado y, en el bosque, en vez de alternar con animales, vive con hombres blancos o de color? Todo ésto debió averiguarse, vigilarse antes, señor Presidente. Somos viajeros que tenemos contratada una estancia cómoda y segura.

DAVID.- Peter Douglas voló sobre toda esta isla y declaró que hizo una inspección totalmente satisfactoria.

MACKENA.- Pero se le escapó esa mujer... ¡y sabe Dios cuántos seres vivientes más!

CLARA.- ¿Traerán noticias del mundo?

BERNABE.- ¡Quién lo sabe! ¡Vete, por caridad, que ya están aquí! (CLARA DESAPARECE TRAS LAS LONAS DEL PRIMER TÉRMINO DE LA DERECHA) (BERNABE VA A SALIR POR EL FONDO, PERO RETROCEDE AL VER EL GRUPO QUE LLEGA: LOS CUATRO QUE SE FUERON, RODEANDO AL JOVEN AVIADOR PETER DOUGLAS)

PETER.- (ENTRANDO) Ya les digo: una travesía felicísima. (A BERNABE, JOVIAL) ¡Caramba, chico! ¡Me faltabas tú! (LE ABRAZA) ¿Qué tal se dá la caza?

BERNABE.- No falta; pero traeréis víveres.

PETER.- Traemos víveres y algo más: venimos cargados de noticias.

DAVID.- ¿Buenas o malas?

PETER.- Soy incapaz de una mala noticia.

CLOTILDE.- ¡Dinos, por caridad!

PETER.- (A DAVID) Embarabuena, señor Ferguson: ¡ayer se rompieron las relaciones entre Oriente y Occidente!

TODOS.- (MENOS BERNABE) ¡Oh!... (SATISFACCIÓN GENERAL. EN LA LONA DE LA DERECHA HAY UN LEVE TEMBLOR)

DAVID.- (FELIZ) ¿Cómo?... ¿La guerra?...

PETER.- ¡La guerra total! ¡Hoy comienzan las hostilidades! ¡Qué éxito el de la Sociedad!

TODOS.- (MENOS BERNABE, CON JUEVA EXCLAMACIÓN DE JÚBILLO) ¡¡Oh!!...

DAVID.- (RADIANTE) ¿Lo ve usted, señor Mackena?

CLOTILDE.- (SIN ATREVERSE A CERRLO) ¿Será posible? ¿Entonces...?

PETER.- Con las armas atómicas, no va a quedar en el mundo piedra sobre piedra. (EL CUERPO DE CLARA, EN EMPUJANDO LA LONA, SE DESPLOMA SOBRE LA TIERRA)

CLOTILDE Y OCTAVIO.- ¡Clara!

PETER.- (SORPRENDIDO) ¿Quién es?

BERNABE.- (QUE HA ACUDIDO A SOCORRERLA) Per lo prente... la primera víctima de la guerra.

(HAN QUEDADO FORMANDO CUADRO. BERNABE, JUNTO A CLARA, CAÍDA; CLOTILDE, DAVID, OCTAVIO Y PETER DOUGLAS, EN EL CENTRO; Y MACKENA EN EL EXTREMO, EN DONDE SE HA APODERADO DE LA ESCOPETA, DESCARGADA)

TELON RÁPIDO

=====

UNA ISLA IGNORADA

Comedia en tres actos, en prosa.

Original de LUIS DE AVILÉS.

====

SEGUNDO ACTO

El ~~misma~~ mismo lugar de acción del primer acto. En la hoja del Calendario puede observarse que han transcurrido quince días. Sentados o de pie se distribuyen por la escena todos los personajes ya conocidos, — menos PÉTER DOUGLAS, — a los que se suman otros dos, de los que llegaron con el aviador: la joven asiática SONIA y el grave e ingenuo DOCTOR SMITH, de amplia melena gris. Clara se sienta junto a Clotilde y tiene puesto el mismo jersey, — de colores llamativos, — que llevaba en el primer acto la señora de Dorado. Preside la reunión, sentado detrás de su mesa, David Ferguson.

MACKENA.— Yo me limito a preguntar, señor Ferguson, por qué se atenta contra nuestra libertad de acción en la isla, obligándonos a venir a esta reunión a una hora determinada.

DAVID.— Ha sido sólo un ruego. ~~La~~ La Dirección se ha limitado a pedir a sus asociados que le presten su colaboración.

OCTAVIO.— Y todos ustedes han sido tan amables que han correspondido con su presencia.

CLOTILDE.— Bueno, señores míos, vamos al grano; porque a mí me tienen ustedes muerta de curiosidad. ¿Para qué hemos sido convocados?

DAVID.— Para una cosa muy sencilla, pero que entraña cierta gravedad. Se ha perdido algo importante para nosotros....y que entre nosotros tiene que estar.

MACKENA.— ¿Esto es una acusación?

DAVID.— En modo alguno; pero la Dirección, antes de proceder a buscar lo perdido, ha creído más delicado preguntar: "¿Saben ustedes endonde está?"

BERNABÉ.— Sepamos antes, si puede ser, qué se ha perdido.

DAVID.— El saco grande de los botes de leche condensada. Estaba guardado en la tienda de Octavio, nuestro Secretario, y hace dos días que desapareció. (TODOS, MÁS O MENOS DISIMULADAMENTE, MIRAN A CLARA)

MACKENA.— Mal guardado estaría.

DOCTOR.— ¿Le permiten una observación?

DAVID.— Hable, Doctor Smith; usted sabe con cuánta simpatía le escuchamos.

DOCTOR.— Yo, en los quince días que llevo entre ustedes, no he podido comprobar aún la naturaleza del terreno de la isla. Pero, si el saco estaba enterrado, bien pudo ceder una de las capas no arcillosas...

OCTAVIO.— (INTERRUMPIENDO) ¿Le perdona? No estaba enterrado, sino cuidadosamente guardado dentro de un arca.

DAVID.— Y es lamentable que la desaparición de estos botes dificulte, de momento, el suministro de un alimento tan estimable.

MACKENA.— ¡Fundamental!

OCTAVIO.— No ignoran ustedes que, en el avión en que vinieron la señorita Sonia y el Doctor Smith, llegó otra viajera enferma, que requiere en cama los cuidados de toda la Colonia. Y no digamos nada su bebé.

DOCTOR.— La señora Leticia se halla, en ~~un~~ efecto, delicada; y a la madre y al hijo conviene el régimen lácteo.

DAVID.— Nuestra previsión nos aconsejó guardar otros botes de leche, que nos permitirán atender a la enferma y a su niño. Y ello ha de ser en perjuicio del resto de los asociados.

MACKENA.— ¡Protesto!

OCTAVIO.— Hay que atender a esa señora.

MACKENA.— ¡Hay que cumplir lo contratado!

SONIA.— (INTERRUMPIENDO TIMIDAMENTE) ¿Puedo decir dos palabras?

DAVID.— Hable, señorita Sonia.

SONIA.— Yo traje un frasco de leche en polvo; y, si Leticia la necesita...

DAVID.— La Dirección, emocionada con su ofrecimiento, lo toma en cuenta y lo utilizará si cree llegado el caso. Pero nos hemos desviado del objeto principal de esta reunión. Ya les dije antes que se trataba sólo de un ~~sus~~ ruego.

MACKENA.— ¡De una denuncia!

DAVID.— Nosotros no podemos hacer más que rogar colaboración, y esperar que en un plazo de 48 horas, el saco de los botes de leche vuelva a estar sobre el arca del señor Secretario.

CLOTILDE.- ¿Usted sospecha de alguien?

DAVID.- (LEVANTÁNDOSE) Yo únicamente puedo agradecer la cooperación de ustedes.

MACKENA.- ¡Imponer sanciones! ¡No faltaba más!

BERNABÉ.- (EXPLOTANDO) ¡Señor Mackena! El áspero tono de hostilidad en que se produce no es tolerable. Parece que usted, erigido en fiscal, es el único que tiene derechos en esta isla.

MACKENA.- Yo exijo con arreglo a mi contrato.

CLOTILDE.- ¡Todos hemos pagado!

MACKENA.- Menos aquella señorita. (POR CLARA)

BERNABÉ.- ¡Esto no se puede escuchar!

DAVID.- (RÁPIDO) La reunión ha terminado y yo agradeceré a mis amigos que den sus paseos habituales bajo la tibia luz del sol, y piensen en la gran fortuna que han alcanzado librándose de los horrores de una contienda trágica.

CLOTILDE.- ¿Podemos ver a la enferma, Doctor?

DOCTOR.- Pues, ¡ya lo creo! Y ella lo agradecerá.

CLOTILDE.- Sonia, ¿vienes con nosotras?

SONIA.- Yo no inspiro simpatía a Leticia: dice que soy del otro lado.

CLOTILDE.- ¡Que tontería! Tú eres tan buena chica como ella.

SONIA.- ¿Qué culpa tengo yo de haber nacido en Ucrania? Pero yo no la quiero mal.

CLOTILDE.- Ven con nosotras, verás. (VOLVIÉNDOSE A CLARA) ¿Te pasa a ti algo?

CLARA.- No, señora. (CONFIDENCIALMENTE) Todos sospechan de mí. Y yo soy inocente.

CLOTILDE.- Vamos, vamos... que esto está aquí poco divertido. (SE LAS LLEVA POR LA IZQUIERDA)

BERNABÉ.- ¿Está usted arrepentido, Doctor, de haberse refugiado en la isla?

DOCTOR.- En qué me lo ha conocido? Francamente, sí. Tengo la sensación de haber desertado de mi deber.

OCTAVIO.- En todas partes se puede hacer el bien.

DOCTOR.- Pero, ¡es tan extenso el dolor del mundo en esta hora!... Yo me asusté de mi propia obra y huí... Huí adonde no llegasen los efectos de la radiactividad.

DAVID.- En eso acertó.

DOCTOR.- Pero es horrible pensar en los seres que desaparecen hoy por mi culpa.

BERNABÉ.- Por su culpa, no. Son los adelantos de la Ciencia.

DOCTOR.- Tá, tá... ¿Qué opina usted, señor Mackena?

MACKENA.- ¿Yo? (DESPUES DE UNA PAUSA) Que me voy a dar ese paseo para tranquilizar los nervios que mandaba antes el señor Director. ¡Buenas tardes, señores! (SE VÁ, ALTIVO, POR LA DERECHA)

DOCTOR.- (CON MISTERIO, A LOS TRES AMIGOS QUE QUEDAN EN ESCENA) Ustedes no pueden sospechar ~~NINGUN~~ el verdadero motivo de mi presencia aquí.

BERNABÉ.- El temor a la radiactividad.

DOCTOR.- ¡Claro! Pero ese peligro, queramos o no queramos, lo correrá muy pronto el Universo entero. Las explosiones nucleares y sus consecuencias no perdonan nada.

OCTAVIO.- ¿Entonces?...

DOCTOR.- Lo mío es inexplicable en un profesor de Química; pero así es. A estas horas, lógicamente, habrá desaparecido Moscú, ¡y habrá desaparecido del mapa todo el caserío de París.

BERNABÉ.- Lógicamente.

DOCTOR.- ¡Cuántas fórmulas secretas perdidas! ¡Cuántas obras de arte ~~destruidas~~ destruidas!

DAVID.- Cierzo, ¡es la guerra implacable!

DOCTOR.- Bueno: pues todas, no. (CON UNA SONRISA INGENUA) Yo fui el autor del robo de la "Gioconda".

LOS OTROS TRES.- ¿Usted?

DOCTOR.- Hace ya tiempo. Se ocupó toda la Prensa francesa; se movilizó la Policía mundial. Y la "Gioconda" estaba ya guardada en mi laboratorio de Compiègne. La que restituyeron al Louvre fue una copia. Nadie desde entonces pudo sospechar de mí. ¡Claro! Yo soy un hombre íntegramente honrado.

OCTAVIO.- Pero, ¿cómo se atrevió? Adquirió usted una grave responsabilidad.

DOCTOR.- ¡Tremenda! Ya lo sé, pero, ¿qué ocurrirá cuando regresemos al mundo? Del Museo de París no se salvará nada; y, sin embargo, quedará sin un rasguño la "Gioconda", porque yo, el profesor Juan Smith, la he salvado. (RIE, CON RISA NO EXENTA DE EMOCION)

BERNABÉ.- Y, si la guardó usted en Compiegne, ¿qué habrá sido de ella, por muy protegida que la dejara usted?

DOCTOR.- El cuadro famoso, enrollado, vino conmigo, y tú mismo lo llevaste a mi alojamiento. ¡Somos salvadores de la obra inmortal de Leonardo!

DAVID.- Pues démosle toda suerte de honores. Podemos inaugurar nuestro futuro Pabellón de Exposiciones.

DOCTOR.- (TEMEROSO) ¡De ningún modo! Ya estoy arrepentido de mi confianza. ¡No ha visto que aquí desaparecen las cosas? Un bote de leche condensada puede sustituirse; pero la auténtica "Gioconda", nunca.

DAVID.- ¿Quiere usted depositarla en nuestra caja fuerte?

DOCTOR.- No me atrevo; y ustedes perdonen. Por lo pronto, el lienzo, dentro de un tubo de metal, lo he enterrado en lugar seguro. Es decir: (DUDANDO) ¿seguro? ¡Me disculpan ustedes si quiero comprobar?... (INICIA EL MUTIS)

BERNABÉ.- ¿Puedo serle útil, Doctor?

DOCTOR.- De tí me fio, muchacho. Ven conmigo.

OCTAVIO.- (BROMISTA) Que no le sea a usted infiel esa bella dama.

DOCTOR.- (RIENDO Y PREOCUPADO) No creas; más de una ~~WWW~~ noche Monna Lisa me ha quitado el sueño. (SE VAN POR LA IZQUIERDA) (DAVID Y OCTAVIO, EN CUANTO SE QUEDAN SOLOS, MIRAN A UN LADO Y OTRO Y SE ACEFCAN CAUTELOSAMENTE)

DAVID.- ¿Hubo nuevas noticias?

OCTAVIO.- (CONFIDENCIAL) Esta madrugada pude hacer funcionar mi pequeña Radio.

DAVID.- ¡Cuidado, no te la descubran! No tendríamos perdón.

OCTAVIO.- Siempre la buena intención nos salvaría. Debemos saber a qué atenernos en bien de nuestra Colonia.

DAVID.- Y esta madrugada, ¿qué te dijo la Radio?

OCTAVIO.- Lo de siempre: siguen los desconcertantes intentos pacifistas.

DAVID.- Es desolador: ¡no hay guerra!

OCTAVIO.- (COMO UN ECO) ¡No hay guerra! (PAUSA) Y lo peor, es que lo van a arreglar.

DAVID.- ¿Qué hacemos nosotros?

OCTAVIO.- Por lo pronto, la obligación es clara: disimular y callar hasta que la situación se resuelva.

DAVID.- Yo no me explico lo que pasa. Es de una absoluta falta de lógica. Cuando partió para aquí el avión de Peter Douglas, con el Doctor Smith y los demás viajeros, las relaciones se habían roto y sólo faltaba el comienzo de las hostilidades. Ya ves con qué seguridad habla el Doctor de la lucha, que él dá por comenzada.

OCTAVIO.- Pero, si los Estados Unidos hicieron un último esfuerzo conciliador...

DAVID.- ¡Siempre este joven Presidente, con su falta de visión de la realidad! ¿No comprende que, tarde o temprano, el conflicto tiene que estallar? ¿A qué espera? ¡Digo yo!

OCTAVIO.- Por los comentarios que he captado, hay en proyecto una nueva reunión de los cinco grandes.

DAVID.- ¿Cinco?

OCTAVIO.- Los cuatro de siempre, con Katanga. A mí lo que me preocupa es nuestro barco. No ha encontrado la isla, por lo visto. ¡No quiero pensar que haya naufragado!

DAVID.- Puede haber pasado algo más grave: que se hayan arrepentido y nos dejen solos.

OCTAVIO.- Siempre queda Peter Douglas: su tercer viaje nos puede aclarar muchas cosas. Prometió volver con provisiones.

DAVID.- ¿Trajo Bernabé nueva caza?

OCTAVIO.- Esa es otra: se niega a matar a los animales de los bosques.

DAVID.- Tendremos que sustituirle nosotros. (VA AL RINCÓN Y TOMA LA ESCOPETA. LUEGO SACA DEL CAJÓN DE LA MESA VARIOS CARUCHOS QUE GUARDA) No me gustan estos juegos, pero no hay más remedio, Octavio. Es cuestión de humanidad.

OCTAVIO.- Usted manda. El cuidado que hay que tener es el de no exterminar la caza.

DAVID.- ¿Por qué? ¿Nos importa que el día de mañana sea esta isla una tierra inhóspita? Salgamos de nuestra precisión de cada día... y no nos expongamos a las iras del señor Mackena. (SE DIRIGE HACIA LA DE HECHA)

OCTAVIO.- (AL MUTIS) ¡En mala aventura nos hemos metido, Director! (QUEDA UNOS SEGUNDOS LA ESCENA SOLA. POR EL FONDO LLEGA CLARA, COMO HUYENDO. BUSCA ALGO QUE NO ENCUENTRA, Y VÁ SALIR POR EL PRIMER TER-

MINO DE LA DEFECHA, A TIEMPO DE QUE, POR LA IZQUIERDA, APARECE BERNABÉ)

BERNABÉ.- ¡Clara! ¿Adónde vés? (ELLA SE DETIENE UN SEGUNDO, PERO SIGUE ANDANDO)
¡Clara!

CLARA.- No sé. Adonde no me quieran mal; adonde no recelen de mí.

BERNABÉ.- ¿Yo te quiero mal? Eres injusta.

CLARA.- Tú no has querido llevarme a mi casa, con los míos. Permitiste que se fuera solo el aviador.

BERNABÉ.- Porque él volvía al infierno de la guerra.

CLARA.- ¿Y sabías que allí, en ese infierno, tengo a mi madre y a mi hija.

BERNABÉ.- Le dí sus señas para que, si podía, las salvase y te las trajese.

CLARA.- Y estabas perfectamente convencido de que eso no podía ser. (PAUSA) Yo me voy con mis amigos al ~~WVWVWVW~~ Bosque. Es mejor. Los de aquí se alegrarán, porque será una boca menos y pensarán que ya no hay quien les robe.

BERNABÉ.- ¡Clara!

CLARA.- Es triste decirlo, pero es la verdad. Son egoistas; no piensan más que en su regalo, en su comodidad. Cada vez que comentan los horrores que hoy estará pasando el mundo, abren una diabólica sonrisa de satisfacción pensando: "¡Qué gusto! ¡De la que me he librado!" Les importa un comino que sus semejantes sufran, que acaso mueran a millares, que la Humanidad haya ~~en~~ enloquecido y se suicide. Ellos tuvieron la previsión de ponerse a salvo y ellos podrán ser la base de la nueva Humanidad de mañana. ¡Qué espanto! Pero, ¿qué Humanidad nacería de estos seres despreciables que nos rodean?

BERNABÉ.- Cálmate...

CLARA.- No hay nadie más que tú que pueda inspirarme confianza aquí. Uno, ha venido a salvar su vida; otro, su dinero; otro, su falsa reputación; y otros, a explotar a los demás. Tú mismo... ¿A qué has venido aquí, Bernabé? ¿Qué buena o mala pasión te trajo a esta tierra solitaria?

BERNABÉ.- Piensas que soy un espía.

CLARA.- No. Si lo fueses, no hubieses desaprovechado la mejor ocasión de la Historia.

BERNABÉ.- Pero la señora de Dorado, que tanto cariño te tombó, lo cree. ¡Es tan ingenua en sus preguntas, tan transparente en su curiosidad!

CLARA.- Necesita un bonito cuento todos los días; y esta vida apartada no se hizo para ella.

BERNABÉ.- Yo hubiese querido poner ante Clotilde unas preciosas aventuras de espionaje. Y mi vida, la ve un hombre vulgar, no tiene para ella interés.

CLARA.- Entonces... ¿A qué viniste aquí, Bernabé?

BERNABÉ.- Por miedo, sencillamente; por miedo a la muerte y por miedo a la vida. Por el temor de enfrentarme con la tragedia humana, como tantas otras veces tuve que ~~WVWVWVW~~ hacer. Pertenezco, como tú y como tantos otros, a una generación desgraciada a la que ha correspondido ser testigo de una vergonzosa crisis de la Humanidad. De niño, de adolescente, de joven, he sido testigo de adversidades sin cuento y de dolores sin remedio; no estaba en mi mano evitarlos, ni siquiera rehuirlos. Como un barquichuelo a merced del oleaje, fui dando bandazos, esquivando este escollo o salvando aquel riesgo; y, cuando un día de imprevisible calma, me encontré con unas monedas en mi bolsa y un caudal de sufrimientos en mi vida, me horroricé al advertir que una nueva catástrofe nos cercaba, y acepté esta promesa de evasión que nos habían ~~WVW~~ unos hombres que comerciaban con nuestra esperanza y nuestra desesperación. Fíjate qué sencillo, qué vulgar y qué a la altura de todos los mortales.

CLARA.- Y la buena o mala ventura te trajo a esta isla.

BERNABÉ.- La buena; porque aquí estabas tú: la única que vino contra su voluntad; la única a quien no arrastró ningún interés; la única que sueña con el día de reintegrarse a un mundo, del que no desertó. Porque todos nosotros, por miedo, por lucro o por egoísmo, no somos más que desertores: cobardes evadidos de un mundo que nos creó y que hemos abandonado al convertirse en hoguera, con el sano propósito de volver a él cuando sea un montón de cenizas que nos infamen.

CLARA.- Es doloroso oírte, convencido de tu equivocación.

BERNABÉ.- ~~WVW~~ Repito que me alegro porque aquí estabas tú; y porque así puedo defender, en todo caso, tu razón, que es la que vale.

(SUENA UN DISPARO LEJANO)

LOS DOS.- (SIMULTANEAMENTE) ¿Un tiro? (AMBOS DIRIGEN AL MISMO TIEMPO SUS MIRAS HACIA EL RINCÓN DONDE ESTABA LA ESCOPETA)

BERNABÉ.- ¡De mi escopeta!

CLARA.- (INQUIETA) ¿Te han robado el arma!

BERNABÉ.- ¿Para qué y contra quiénes? Esperame aquí.

CLARA.- No podría. Voy contigo; he empezado a tener miedo de verme sola. (SE VAN POR LA DE FRENTE) (SUENA OTRO DISPARO MÁS LEJANO) (POR EL FONDO LLEGAN JUNTOS MACKENA Y EL DOCTOR. LUEGO, POR LA IZQUIERDA, SONIA)

DOCTOR.- (QUE TRAE BAJO SU BRAZO UN LARGO TUBO DE LATÓN) En este Paraíso, sí señor. Todo es posible. Suena un tiro, y dice uno para su capote: "Bueno; como si fueran dos". (UN TERCER DISPARO DENTRO, MÁS LEJANO) Es igual; todos somos unos, y nos hallamos unidos por los mismos ideales.

MACKENA.- Por los mismos intereses.

DOCTOR.- ¿Y qué es el interés sino el ideal más sincero del hombre? Un niño apenas sabe hablar, y ya se lleva la mano al pecho para defender su juguete: -"¡Es mío! ¡Es mío!" El propio interés juega en seguida en el alma humana; y ésta es la que se encarga de idealizarlo.

MACKENA.- Pero, ¿cómo idealiza usted este aprendizaje de Robissones? No tenemos más que los inconvenientes de esta vida...

DOCTOR.- Pero ninguno de los peligros de aquella muerte. Lo que hemos de hacer, en beneficio de toda la Colonia, es ayudarnos unos a otros.

MACKENA.- Yo pongo de mi parte lo que puedo: frenar a cada instante mi indignación.

DOCTOR.- (SONRIENTE) Usted, - no me lo niegue, - puede hacer más.

MACKENA.- ¿Por ejemplo?...

DOCTOR.- Por ejemplo, poniendo sobre esta mesa el bote de leche condensada que lleva en el bolsillo. (SE LO EXTRAE DE LA AMERICANA)

MACKENA.- (CONFUSO) No dudará usted...

DOCTOR.- Exacto: sin la menor duda. Le ví de lejos tomándoselo en el pinarillo; y le seguí luego hasta aquí. No se debe protestar en comunidad y cometer después faltas que yo llamaría desleales. (LE ENTREGA EL BOTE A MACKENA, Y ESTE LO COLOCA SOBRE LA MESA) ¿Dónde tiene usted los demás botes?

MACKENA.- Me ofende usted con sus gratuitas suposiciones. Yo no le he preguntado todavía qué oculta en ese tubo.

DOCTOR.- (SOBREPONIÉNDOSE A SU SOPRESA) Cierzo. Nadá yo se lo diré. Somos tal para cual: defendamos con gallardía los productos de nuestros robos.

MACKENA.- (DESCOMPUERTO) Mida bien sus palabras, Doctor. ¡Yo no he robado nada!

SONIA.- (QUE ACABA DE APARECER POR LA IZQUIERDA) ¿Quiere usted repetirio delante de mí?

MACKENA.- ¿Vá a ~~ver~~ vengarse de mi negativa a protegerla?

SONIA.- Voy a relatar, si es necesario, una escena de la que fui testigo.

DOCTOR.- No me interesa. El señor Mackema restituirá lo que su reflexión le aconseje. Están pasando demasiadas cosas en este fin del mundo para que nuestro amigo agregue (MUY MARCADO) una pequeña infamia más. De mis labios no saldrá una palabra pública de reproche; pero confío en que sea más elocuente su conciencia. (SE VA POR LA DE FRENTE)

MACKENA.- (CUANDO SE HA QUEDADO A SOLAS CON SONIA) ¿También aquí Oriente contra Occidente?

SONIA.- También aquí; pero ni usted ni yo somos dignos de representar tan vastas concepciones. Guárdese el tarro de leche y llévelo a la tienda del Secretario con los demás que conserva en su poder; que yo haré lo mismo con los que usted me dió. Creyó usted comprar mi silencio y yo tuve la ingenuidad de creer que me entregaba algo suyo.

MACKENA.- (QUE RECIBE Y GUARDA EL BOTE) ¿Qué silencio tenía yo que comprar?

SONIA.- pensé que el señor Mackema era más inteligente y que, al verme, se había dado cuenta del motivo de mi presencia aquí. ¿No me reconoce Gerardo Withman?

MACKENA.- ¿Eh?...

SONIA.- ¿No se acuerda de la Secretaria del Director de la Compañía Asiática de Seguros? No se esfuerce; yo era entonces rubia eventual y ahora tengo que conformarme con mis cabellos negros permanentes. ¿Qué fue de toda aquella palabrería galante, de aquellas promesas falsas y enigmáticas?

MACKENA.- Me está contando un cuento chino.

SONIA.- La procedencia del cuento no la sé; pero el capital de la Compañía bien podía ser chino o pakistanés. Gerardo Withman, agente de su central, desapareció un día de la Organización. Poco después, el principal accionista

denunció el robo de su paquete de acciones. Y del miserable agente no se pudo hallar el menor rastro.

MACKENA.- Estamos a muchas millas de todo ese mundo desagradable de los negocios. Y de todo eso ya apenas queda nada. Queda el "honorable financiero" señor Mackena, que surgió otro buen día en América, con

SONIA.- la carga oculta de ese y otros delitos de Gerardo Withman. Y como la Prensa gráfica se inventó para algo más que para publicar retratos de futbolistas, una tarde pudimos comprobar en el PARTIS-MATCH que el honorable financiero retratado y el desleal agente fugado eran la misma persona.

MACKENA.- Imaginaciones de mujer ofendida en su amor propio por no haber visto yo en ella más que a una triste secretaria.

SONIA.- Entonces, ¿por qué le molestó verme descender del avión? Supuso usted, con fundamento, que había venido detrás de su persona; que seguía los pasos del señor Mackena y que estoy dispuesta a desenmascararle sino restituye todos los papeles y documentos que no le pertenecen.

MACKENA.- ¿Dónde estarán ya mis papeles de negocios!

SONIA.- ¿Dónde? Usted es incapaz de desprenderse de ellos; usted los ha traído y me los entregará... o me convertire en su acusadora perpetua ¡ante quienes sean!: ante las dos docenas de seres vivientes que queden después de la catástrofe!

MACKENA.- (DÁNDOSE POR VENCIDO) Acabemos, Sonia. Occidente está dispuesto a negociar.

SONIA.- Ni usted es Occidente ni yo puedo ser Oriente frente a un hombre de su condición. ~~MACKENA. (MURMURANDO)~~

MACKENA.- Te prometo el casamiento... cuando todo haya terminado. (CÍNICO) No habla descubierto en ti ciertos encantos femeninos. (ACEFUNDÁNDOSE A ELLA, ~~QUE SE RETIRA~~)

SONIA.- ¡Canalla! Sepa ~~WWW~~ que para usted la guerra no ha acabado, porque aquí estoy yo para sostenerla. En silencio, con mucha discreción, sin que nadie se entere, pero con toda entereza: con la misma entereza con que una tarde, - ¿se acuerda? - Gerardo Withman tuvo que salir de mi oficina con la mejilla enrojecida por la mano de una infeliz Secretaria. (ENTRA EN ESCENA CLOTILDE)

CLOTILDE.- (CON UNA TARJETA POSTAL EN LA MANO) "Felicidad, tantos de tantos"... Ya sé que aquí no hay Correos; pero yo voy entregando mis postales en la Oficina... y algún día llegarán a donde sea. (A MACKENA) ¿Ha visto usted al niño de Leticia?: da lástima verlo. No le sienta este clima... ¡y como aquí no llega aún el pelargón! (DÁNDOSE CUENTA DE QUE INTERROMPE UNA CONVERSACION) ¿Hablan ustedes de algo interesante? Lo digo, porque sin si estorbo... (SENTÁNDOSE ANTE UNA DE LAS MESAS) Yo sigo con mis tarjetas de viaje... y en paz.

MACKENA.- La señorita Sonia me recordaba sus aficiones por la Historia. Le gusta mucho recordar el pasado.

CLOTILDE.- ¡pero, si ya la Historia no interesa a nadie! ¡Ni siquiera a los que viven de ella! ¿qué puede importarnos ya Napoleón?

SONIA.- Sus victorias, acaso no. Pero, ¿y su destierro en la isla de Elba?

CLOTILDE.- Lo pasó mal, ¿verdad?

SONIA.- Una isla ignorada en medio del Atlántico... La historia puede repetirse.

CLOTILDE.- pero aquí no hay Bonapartes caídos ni derrotas que ocultar.

SONIA.- ¡Cualquiera sabe lo que cada uno de nosotros tiene que ocultar aquí! Usted misma nos ocultó ayer la historia de su linda pekinesa.

CLOTILDE.- ¡Oh! Fue un cuento inventado para distraer a Leticia; ¡le he tomado tanto cariño a la perrita! (SACANDO UNAS BARAJAS DE SUS BOLSILLOS) ¿Hoy toca tresillo, canasta o póker?

MACKENA.- (QUE SE HABIA DESSENTANDIDO DE LA CHARLA DE LAS MUJERES) Conmigo no cuentan esta tarde. No estoy de humor. (VA A SENTARSE AL OTRO EXTREMO)

CLOTILDE.- ~~WWW~~ Pues, hijo, no sé qué más quieres: nos gana todos los días y no nos perdona las deudas ni las trampas; y, cuando pierde, se le olvida pagar. ¿Dónde iba a encontrar un ~~WWW~~ Casino mejor?

MACKENA.- ¡Siempre igual! ¡Siempre con la misma compañía!

SONIA.- Muchas gracias. El señor Mackena no olvida sus juegos de Europa. ¡Qué lástima que ahora sean tan peligrosos!

CLOTILDE.- (A MACKENA) Le advierto que maldita la falta que nos hace. (MIRANDO

HACIA LA DEFECHA) Por allí vienen dos sustitutos en lugar de uno. Por esta vez se ha quedado usted con las ganas de estropear la partida. (ENTRAN, EN EFECTO, DAVID Y OCTAVIO; ESTE TRAE LA ESCOPETA EN LA MANO DEFECHA Y UN PATO MUERTO EN LA IZQUIERDA)

OCTAVIO.- ¡Carne de pato para mañana!

MACKENA.- ¿Acuático o silvestre?

DAVID.- ¡Qué más dá! El primero que se puso a tiro. Es muy rica la fauna en esta tierra; parece que la Providencia se apiadó de nosotros y procura darnos variedad en nuestras comidas. (BROMEANDO, A MACKENA) Pa- que nuestro ilustre amigo no tenga que apuntar más en el libro de reclamaciones.

MACKENA.- Solemnice mos mañana con pato la fiesta de San Jorge.

CLOTILDE.- Eso me ente mece; que haya al menos un rincón en el mundo donde se puedan tributar homenajes gastronómicos.

OCTAVIO.- (MOSTRANDO EL PATO) Pues tiene la palabra nuestra cocinera de honor: ¡pato asado a la americana, con salsa tártara! No dirán ustedes que no me siento frate mal. (RIEN TODOS, AUNQUE CON POCAS GANAS)

CLOTILDE.- ¿Jugamos una partidita?

DAVID.- (DISPONIÉNDOSE A SENTARSE A SU LADO) Aquí es usted la que dispone.

CLARA.- (APARECIENDO POR EL FONDO SEGUIDA DE BERNABÉ) ¿Qué hiciste con la es- copeta de este hombre?

OCTAVIO.- No te apures, mujer; nada que te inquiete: dáros mañana que comer.

CLARA.- (VIENDO EL PATO Y TRANQUILIZÁNDOSE) ¡Ah!...

OCTAVIO.- (ENTREGANDO LA ESCOPETA A BERNABÉ) Toma tu arma. No quiero quitarte el puesto. Y conste que yo he sabido también respetar buenas piezas.

CLARA.- No te entiendo.

OCTAVIO.- Cuando nos acercábamos al Bosque se nos puso a tiro una preciosa ga- cela.

CLARA.- (ASUSTADA) ¡No!...

OCTAVIO.- Eso mismo dijimos nosotros. ¿Verdad, señor Ferguson?: "la gacela es sagrada, dijimos, porque es buena amiga de nuestros amigos. Pero la muy pícara no desaparecía de nuestras miradas.

DAVID.- (QUE SE HA SENTADO A LA MESA CON CLOTILDE Y SONIA) Parecía como si qui- siera venirse con nosotros.

BERNABÉ.- Ese animalito es capaz de echarse de menos. (A TODOS) Y, si alguna vez la gacela apareciese en nuestro campamento, ¿qué trato le daría- mos?

MACKENA.- ¡Pensión completa! (RE) ¿No están conformes? ¡Con calefacción y cuarto de baño!

CLARA.- (SERIA) Le bastaría un poco de cariño.

CLOTILDE.- Tienes mucha razón, hija mía. ¡Qué trabajo cuesta aceptar que los animales son también hijos de Dios! (BUENA, COMO ANTES, UN TIRO LEJANO. TODOS LOS QUE SE HALLABAN SENTADOS SE PONEN DE PIE, COMO IMPULSADOS POR UN RESORTE)

TODOS.- ¿Eh?...

CLARA.- ¿Quién ha podido disparar ahora?

OCTAVIO.- No hay servible más que esa escopeta.

MACKENA.- ¡Imprevisión!

DAVID.- (CONTENIENDO A LOS QUE SE DIRIGIAN HACIA EL FONDO) ¡Seriedad, seño- res! ¿Y la pistola del Doctor?

CLARA.- ¡Ah! ¡La pistola!...

MACKENA.- El Doctor con su pistola es un irresponsable. En sus manos es un ju- guete peligroso.

DAVID.- Con cuidado, sin ofenderle, conviene, Octavio, despojarle de un arma que él no sabe utilizar.

OCTAVIO.- ¿Voy a buscarle?

DAVID.- Puede acompañarte Bernabé. Estará, como siempre, por los cañaverales del lago.

(POR LA IZQUIERDA APARECE EL DOCTOR. YA NO LLEVA EL TUBO CONSABIDO)

DOCTOR.- (ENTRANDO) Si el mundo permaneciese en paz, estaríamos en constante peligro, por las pruebas nucleares, que afectan a las regiones más alejadas de los centros de población; pero, ya en plena catástrofe mundial, los Gobiernos beligerantes no se ocupan de esas menudencias. (TODOS LOS CIRCUNSTANTES LE OYEN UN POCO ASOMBRADOS)

DAVID.- ¡Doctor! ¿Qué hacía usted?

DOCTOR.- (POR OCTAVIO) Lo que éste y lo que todos. A nadie le está vedado un ~~pu~~
poco de esparcimiento.

DAVID.- ¿Y...éso? ¿Endónde lo ha dejado?

DOCTOR.- Lo enterré; yo, también tengo que tomar mis precauciones.

OCTAVIO.- Pero una pistola enterrada, puede estropearse.

DOCTOR.- ¡Bah! ¡La pistola! (EXTRAE DEL BOLSILLO POSTERIOR DE SU PANTALÓN UN
PEQUEÑO REVOLVER) ¿Para qué la quiero? La llevo siempre descargada.

MACKENA.- Entonces, usted, ¿no ha disparado?

DOCTOR.- ¿Y para qué iba a dispararla? ¿La necesitan ustedes?

DAVID.- En realidad, ~~no~~ no.

DOCTOR.- En esta paz en que vivimos, ¿para qué queremos las armas? (SUENA DEN-
TRO OTRO TIRO, SIEMPRE LEJANO)

DAVID.- (YA INTENSAMENTE PREOCUPADO) ¿Otro? ¡Ya éste no tiene explicación.

MACKENA.- ¡Hemos sido traicionados!

CLOTILDE.- (ASUSTADA) ¡Socorro! (BERNABÉ CON SU ESCOPETA, CLARA Y OCTAVIO SE
VAN POR EL FONDO RÁPIDAMENTE)

DAVID.- ¡Imposible, un desembarco! Esta isla no la conoce nadie: está total-
mente ignorada!

DOCTOR.- Debimos figurármoslo. ¿Totalmente ignorada? No hay ~~ninguna~~ duda, amigo:
esta isla es base de un submarino alemán!

(CLOTILDE, TRANQUILIZADA Y ENCANTADA, ABRAZA A DAVID. MACKENA, EN UN
ARRANQUE INSTINTIVO, PRETENDE HUIR; PERO SEVERAMENTE SE LE INTERPONE
EN EL CAMINO SONIA. EL DOCTOR SONRÍE SATISFECHO)

T E L O N

MAKENA.- Las mediré, pero sin hipocresías. Aquí falta un mando efectivo; una cabeza inteligente, una autoridad como es debido. Y soy yo únicamente la persona indicada para poner todo en orden. ¡Me declaro jefe de la comunidad de esta isla!

DAVID.- ¡Señor Makena!

OCTAVIO.- ¡Está usted loco!

MAKENA.- ¡Conmigo o contra mí!

BERNABE.- Es usted un insensato!

MAKENA.- ¡Y usted un indeseable!

(QUIEREN LLEGAR A LAS MANOS, PERO LOS DEMAS
(LO IMPIDEN.

DAVID.- ¡Señores!... ¡Basta! El contrato obliga a todos a aceptar mi dirección.

MAKENA.- ¡Lo rechazo! Usted es un botarate sin capacidad administrativa ni rectora. Pido votación sobre mi propuesta.

DAVID.- Eso es absurdo.

MAKENA.- ¿Quiénes votan a mi favor?

(NADIE CONTESTA)

¿Nadie?

DOCTOR.- (SURGIENDO POR LA IZQUIERDA, YA SIN EL TUBO CONSABIDO)
Yo estoy con usted, Makena.

DAVID.- (ASOMBRADO, COMO TODOS) ¡Doctor!

MAKENA.- Gracias.

DABID.- Comprendan que crean ustedes una situación que podríamos llamar bélica en nuestras circunstancias.

DOCTOR.- (SONRIENDO) ¡Bah!... Si el mundo permaneciese en paz, estaríamos en constante peligro por las pruebas nucleares, que afectan a las regiones más alejadas de los centros de población; pero ya en plena catástrofe mundial, los gobiernos no se ocuparían de estas menudencias.

OCTAVIO.- ¿Pero, Doctor...!

DOCTOR.- Y en estas circunstancias, ¿qué más nos dá crear nosotros también nuestro pequeño estado de guerra? ¿No es divertido? Veníamos huyendo de la guerra y, ni aún lejos de ella, queremos vivir en paz. Seguimos siendo "el uomo unico", el hombre único y ~~magífico~~ y magnífico del siglo trece. ¡Maravilloso!

(A MAKENA)

Yo tengo una pistola, mi querido aliado. (OFRECIENDOSE LA)
¿Tiene usted algún cañoncito que unir a mi armamento?

MAKENA.- (ARREBATÁNDOLE EL ARMA Y AMENAZANDO CON ELLA A LOS DEMAS)
¡Quietos todos!

DOCTOR.- No gaste bromas, Makena. Debía suponerse que está descargada. (RIE)

(SUENA, COMO ANTES, UN TIRO LEJANO.
(TODOS SE SOBRENDEN.

TODOS.- ¡Eh!

BERNABE.- ¿Otro tiro?

(SE MIRAN INQUIETOS)

CLARA.- ¿Quién ha podido disparar ahora?

MAKENA.- (AL DOCTOR) Deme los cargadores.

DOCTOR.- Los enterré con Monna Lisa.

BERNABE.- Esto es que invaden la isla.

MAKENA.- ¡Hemos sido traicionados!

(LAS MUJERES SE REUNEN EN UN APRETADO
(GRUPO, ATEMORIZADAS.

DAVID.- Tranquilidad. (A OCTAVIO) Vamos a ver qué sucede.

BERNABE.- (COGE SU ESCOPETA Y SALE RAPIDO POR EL FORO SIGUIENDO
(A DAVID Y OCTAVIO.
Vamos.

MAKENA.- ¡Un desembarco! ¡Y decían que era una isla ignorada! ¡Qué estafa! Reclamaré ante los Tribunales.
DOCTOR.- (ADIVINANDO) Debimos figurárnoslo. ¿Una isla totalmente ignorada? No hay duda, amigo: es una base de submarinos alemanes!

(LEVANTA LOS BRAZOS, COMO SI FUERA DETENIDO
(Y, SIN DEJAR DE SONREIR, DICE:

Paciencia.

(MAKENA INTENTA HUIR, PERO SONIA SE INTER-
(PONE EN SU PASO.

T E L O N



UNA ISLA IGNORADA

Comedia en tres actos, en prosa.

Original de LUIS DE AVILÉS.

===

SEGUNDO ACTO

El ~~mis~~ mismo lugar de acción del primer acto. En la hoja del Calendario puede observarse que han transcurrido quince días. Sentados o de pie se distribuyen por la escena todos los personajes ya conocidos, — menos PETER DOUGLAS, — a los que se suman otros dos, de los que llegaron con el aviador: la joven asistenta SONIA y el grave e ingenuo DOCTOR SMITH, de amplia melena gris. Clara se sienta junto a Clotilde y tiene puesto el mismo jersey, — de colores llamativos, — que llevaba en el primer acto la señora de Dorado. Preside la reunión, sentado detrás de su mesa, David Ferguson.

- MACKENA.— Yo me limito a preguntar, señor Ferguson, por qué se atenta contra nuestra libertad de acción en la isla, obligándonos a venir a esta reunión a una hora determinada.
- DAVID.— Ha sido sólo un ruego. La Dirección se ha limitado a pedir a sus asociados que le presten su colaboración.
- OCTAVIO.— Y todos ustedes han sido tan amables que han correspondido con su presencia.
- CLOTILDE.— Bueno, señores míos, vamos al grano; porque a mí me tienen ustedes muerta de curiosidad. Para qué hemos sido convocados?
- DAVID.— Para una cosa muy sencilla, pero que entraña cierta gravedad. Se ha perdido algo importante para nosotros....y que entre nosotros tiene que estar.
- MACKENA.— ¿Esto es una acusación?
- DAVID.— En modo alguno; pero la Dirección, antes de proceder a buscar lo perdido, ha creído más delicado preguntar: "¿Saben ustedes endonde está?"
- BERNABE.— Sepamos antes, si puede ser, qué se ha perdido.
- DAVID.— El sacco grande de los botes de leche condensada. Estaba guardado en la tienda de Octavio, nuestro Secretario, y hace dos días que desapareció. (TODOS, MÁS O MENOS DISIMULADAMENTE, MIRAN A CLARA)
- MACKENA.— ¿Al guardado estaría.
- DOCTOR.— ¿Le permiten una observación?
- DAVID.— Hable, Doctor Smith; usted sabe con cuánta simpatía le escuchamos.
- DOCTOR.— Yo, en los quince días que llevo entre ustedes, no he podido comprobar aún la naturaleza del terreno de la isla. pero, si el sacco estaba enterrado, bien pudiera ceder una de las capas de arcillosas...
- OCTAVIO.— (INTERRUMPRIENDO) ¿Le perdona? No estaba enterrado, sino cuidadosamente guardado dentro de un arca.
- DAVID.— Y es lamentable que la desaparición de estos botes dificulte, de momento, el suministro de un alimento tan estimable.
- MACKENA.— ¡Fundamental!
- OCTAVIO.— No ignoran ustedes que, en el avión en que vinieron la señorita Sonia y el Doctor Smith, llegó otra viajera enferma, que requiere en cama los cuidados de toda la Colonia. Y no digamos nada su bebé.
- DOCTOR.— La señora Leticia se halla, en efecto, delidada; y a la madre y al hijo conviene el régimen lácteo.
- DAVID.— Nuestra previsión nos aconsejó guardar otros botes de leche, que nos permitirán atender a la enferma y a su niño. Y ello ha de ser en perjuicio del resto de los asociados.
- MACKENA.— ¡Protesto!
- OCTAVIO.— Hay que atender a esa señora.
- MACKENA.— ¡Hay que cumplir lo contratado!
- SONIA.— (INTERRUMPRIENDO TIMIDAMENTE) Puedo decir dos palabras?
- DAVID.— Hable, señorita Sonia.
- SONIA.— Yo traje un frasco de leche en polvo; y, si Leticia la necesita...
- DAVID.— La Dirección, emocionada con su ofrecimiento, lo toma en cuenta y lo utilizará si cree llegado el caso. pero nos hemos desviado del objeto principal de esta reunión. Ya les dije antes que se trataba sólo de un ruego.
- MACKENA.— ¡De una denuncia!
- DAVID.— Nosotros no podemos hacer más que rogar colaboración, y esperar que en un plazo de 48 horas, el sacco de los botes de leche vuelva a estar sobre el arca del señor Secretario.

CLOTILDE.- ¿Usted sospecha de alguien?

DAVID.- (LEVANTÁNDOSE) Yo únicamente puedo agradecer la cooperación de ustedes.

MACKENA.- ¡E imponer sanciones! ¡No faltaba más!

BEHABE.- (EXPLOTANDO) ¡Señor Mackena! El áspero tono de hostilidad en que se produce no es tolerable. Parece que usted, erigido en fiscal, es el único que tiene derechos en esta isla.

MACKENA.- Yo exijo con arreglo a mi contrato.

CLOTILDE.- ¡Todos hemos pagado!

MACKENA.- Menos aquella señorita. (POR CLARA)

BEHABE.- ¡Esto no se puede escuchar!

DAVID.- (RÁPIDO) La reunión ha terminado y yo agradeceré a mis amigos que den sus paseos habituales bajo la tibia luz del sol, y piensen en la gran fortuna que han alcanzado librándose de los horrores de una contienda trágica.

CLOTILDE.- ¿Podemos ver a la enferma, Doctor?

DOCTOR.- Pues, ¡ya lo creo! Y ella lo agradecerá.

CLOTILDE.- Sonia, ¿vienes con nosotras?

SONIA.- Yo no inspiro simpatía a Leticia: dice que soy del otro lado.

CLOTILDE.- ¡Que tontería! Tú eres tan buena chica como ella.

SONIA.- ¿Qué culpa tengo yo de haber nacido en Ucrania? Pero yo no la quiero mal.

CLOTILDE.- Ven con nosotras, verás. (VOLVIÉNDOSE A CLARA) ¿Te pasa a ti algo?

CLARA.- No, señora. (CONFIDENCIALMENTE) Todos sospechan de mí. Y yo soy inocente.

CLOTILDE.- Vamos, vamos... que esto está aquí poco divertido. (SE LAS LLEVA POR LA IZQUIERDA)

BEHABE.- ¿Está usted arrepentido, Doctor, de haberse refugiado en la isla?

DOCTOR.- ¿En qué me lo ha conocido? Francamente, sí. Tengo la sensación de haber desertado de mi deber.

OCTAVIO.- En todas partes se puede hacer el bien.

DOCTOR.- Pero, ¡es tan extenso el dolor del mundo en esta hora!... Yo me asusté de mi propia obra y huí... Huí adonde no llegasen los efectos de la radiactividad.

DAVID.- En eso acertó.

DOCTOR.- Pero es horrible pensar en los seres que desaparecen hoy por mi culpa.

BEHABE.- Por su culpa, no. Son los adelantos de la Ciencia.

DOCTOR.- Tá, tá... ¿Qué opina usted, señor Mackena?

MACKENA.- ¿Yo? (DESPUES DE UNA PAUSA) Que me voy a dar ese paseo para tranquilizar los nervios que mandaba antes el señor Director. ¡Buenas tardes, señores! (SE VA, ALTIVO, POR LA DERECHA)

DOCTOR.- (CON MISTERIO, A LOS TRES AMIGOS QUE QUEDAN EN ESCENA) Ustedes no pueden sospechar ~~W~~ el verdadero motivo de mi presencia aquí.

BEHABE.- El temor a la radiactividad.

DOCTOR.- ¡Claro! Pero ese peligro, queramos o no queramos, lo correrá muy pronto el Universo entero. Las explosiones nucleares y sus consecuencias no perdonan nada.

OCTAVIO.- ¿Entonces?...

DOCTOR.- Lo mío es inexplicable en un profesor de Química; pero así es. A estas horas, lógicamente, habrá desaparecido Moscú, y habrá desaparecido del mapa todo el caserío de París.

BEHABE.- Lógicamente.

DOCTOR.- ¡Cuántas fórmulas secretas perdidas! ¡Cuántas obras de arte ~~destruidas~~ destruidas!

DAVID.- Cierro. ¡Es la guerra implacable!

DOCTOR.- Bueno: pues todas, no. (CON UNA SONRISA INGENUA) Yo fui el autor del robo de la "Gioconda".

LOS OTROS TRES.- ¿Usted?

DOCTOR.- Hace ya tiempo. Se ocupó toda la prensa francesa; se movilizó la policía mundial. Y la "Gioconda" estaba ya guardada en mi laboratorio de Compiègne. La que restituyeron al Louvre fue una copia. Nadie desde entonces pudo sospechar de mí. ¡Claro! Yo soy un hombre íntegramente honrado.

OCTAVIO.- Pero, ¿cómo se atrevió? Adquirió usted una grave responsabilidad.

DOCTOR.- ¡Tremenda! Ya lo sé, pero, ¿qué ocurrirá cuando regresemos al mundo? Del Museo de París no se salvará nada; y, sin embargo, quedará sin un rasguño la "Gioconda", porque yo, el profesor Juan Smith, la he salvado. (RÍE, CON RISA NO EXENTA DE EMOCIÓN)

BERNABÉ.- Y, si la guardó usted en Compiegne, ¿qué habrá sido de ella, por muy protegida que la dejara usted?

DOCTOR.- El cuadro famoso, enrollado, vino conmigo, y tú mismo lo llevaste a mi alojamiento. ¡Somos salvadores de la obra inmortal de Leonardo!

DAVID.- Pues démosle toda suerte de honores. Podemos inaugurar nuestro futuro Pabellón de Exposiciones.

DOCTOR.- (TEMEROSO) ¡De ningún modo! Ya estoy arrepentido de mi confianza. No ha visto que aquí desaparecen las cosas? Un bote de leche condensada puede sustituirse; pero la auténtica "Giacca", nunca.

DAVID.- ¿Quiere usted depositarla en nuestra caja fuerte?

DOCTOR.- No me atrevo; y ustedes perdonen. Por lo pronto, el lienzo, dentro de un tubo de metal, lo he enterrado en lugar seguro. Es decir: (DUDANDO) ¿seguro? ¿Me disculpan ustedes si quiero comprobar?... (INICIA EL MUTIS)

BERNABÉ.- ¿Puede ser útil, Doctor?

DOCTOR.- De ti me fio, muchacho. Ven conmigo.

OCTAVIO.- (BROMISTA) Que no le sea a usted infiel esa bella dama.

DOCTOR.- (RIENDO Y PREOCUPADO) No creas; más de una noche Monna Lisa me ha quitado el sueño. (SE VAN POR LA IZQUIERDA) (DAVID Y OCTAVIO, EN CUANTO SE QUEDAN SOLOS, MIRAN A UN LADO Y OTRO Y SE ACERCAN CAUTELOSAMENTE)

DAVID.- ¿Hubo nuevas noticias?

OCTAVIO.- (CONFIDENCIAL) Esta madrugada pude hacer funcionar mi pequeña Radio.

DAVID.- ¡Cuidado, no te la descubran! No tendríamos perdón.

OCTAVIO.- Siempre la buena intención nos salvaría. Debemos saber a qué atenernos en bien de nuestra Colonia.

DAVID.- Y esta madrugada, ¿qué te dijo la Radio?

OCTAVIO.- Lo de siempre: siguen los desconcertantes intentos pacifistas.

DAVID.- Es desolador: ¡no hay guerra!

OCTAVIO.- (COMO UN ECO) ¡No hay guerra! (PAUSA) Y lo peor, es que lo van a arreglar.

DAVID.- ¿Qué hacemos nosotros?

OCTAVIO.- Por lo pronto, la obligación es clara: disimular y callar hasta que la situación se resuelva.

DAVID.- Yo no me explico lo que pasa. Es de una absoluta falta de lógica. Cuando partió para aquí el avión de Peter Douglas, con el Doctor Smith y los demás viajeros, las relaciones se habían roto y sólo faltaba el comienzo de las hostilidades. Ya ves con qué seguridad habla el Doctor de la lucha, que él da por comenzada.

OCTAVIO.- Pero, si los Estados Unidos hicieron un último esfuerzo conciliador...

DAVID.- ¡Siempre este joven Presidente, con su falta de visión de la realidad! No comprende que, tarde o temprano, el conflicto tiene que estallar? ¿A qué espera? ¡Digo yo!

OCTAVIO.- Por los comentarios que he captado, hay en proyecto una nueva reunión de los cinco grandes.

DAVID.- ¿Cinco?

OCTAVIO.- Los cuatro de siempre, con Katanga. A mí lo que me preocupa es nuestro barco. No ha encontrado la isla, por lo visto. No quiero pensar que haya naufragado!

DAVID.- Puede haber pasado algo más grave: que se hayan arrepentido y nos dejen solos.

OCTAVIO.- Siempre queda Peter Douglas: su tercer viaje nos puede aclarar muchas cosas. Prometió volver con provisiones.

DAVID.- ¿Trajo Bernabé nueva caza?

OCTAVIO.- Esa es otra: se niega a matar a los animales de los bosques.

DAVID.- Tendremos que sustituirle nosotros. (VA AL RINCÓN Y TOMA LA ESCOPETA. LUEGO SACA DEL CAJÓN DE LA MESA VARIOS CARICHOS QUE GUARDA) No me gustan estos juegos, pero no hay más remedio, Octavio. Es cuestión de humanidad.

OCTAVIO.- Usted manda. El cuidado que hay que tener es el de no exterminar la caza.

DAVID.- ¿Por qué? Nos importa que el día de mañana sea esta isla una tierra inhóspita? Salgamos de nuestra precisión de cada día... y no nos exponamos a las iras del señor Mackona. (SE DIRIGE HACIA LA DE HECHA)

OCTAVIO.- (AL MUTIS) ¡Mala aventura nos hemos metido, Director! (QUEDA UNOS SEGUNDOS LA ESCENA SOLA. POR EL FONDO LIEGA CLARA, COMO HUYENDO, BUSCA ALGO QUE NO ENCUENTRA, Y VÁ SALIR POR EL PRIMER TER-

MINO DE LA DEFECHA, A TIEMPO DE QUE, POR LA IZQUIERDA, APARECE BERNABÉ)

BERNABÉ.— ¡Clara! ¿Adónde vés? (ELLA SE DETIENE UN SEGUNDO, PERO SIGUE ANDANDO)
¡Clara!

CLARA.— No sé. Adonde no me quieran mal; adonde no recelen de mí.

BERNABÉ.— ¿Yo te quiero mal? Eres injusta.

CLARA.— Tú no has querido llevarme a mi casa, con los míos, permitiste que se fuera solo el aviador.

BERNABÉ.— Porque él volvía al infierno de la guerra.

CLARA.— ¿Y sabías que allí, en ese infierno, tengo a mi madre y a mi hija.

BERNABÉ.— Le di sus señas para que, si podía, las salvase y te las trajese.

CLARA.— Y estabas perfectamente convencido de que eso no podía ser. (PAUSA) Yo me voy con mis amigos al BOSQUE. Es mejor. Los de aquí se alegrarán, porque será una boca menos y pensarán que ya no hay quien les robe.

BERNABÉ.— ¡Clara!

CLARA.— Es triste decirlo, pero es la verdad. Son egoístas; no piensan más que en su regalo, en su comodidad. Cada vez que comentan los horrores que hoy estará pasando el mundo, abren una diabólica sonrisa de satisfacción pensando: "¡Qué gusto! ¡De la que me he librado!" Les importa un comino que sus semejantes sufran, que acaso mueran a millares, que la Humanidad haya ~~en~~ enloquecido y se suicide. Ellos tuvieron la previsión de ponerse a salvo y ellos podrían ser la base de la nueva Humanidad de mañana. ¡Qué espanto! Pero, ¿qué Humanidad nacería de estos seres despreciables que nos rodean?

BERNABÉ.— Calmate...

CLARA.— No hay nadie más que tú que pueda inspirarme confianza aquí. Uno, ha venido a salvar su vida; otro, su dinero; otro, su falsa reputación; y otros, a explotar a los demás. Tú mismo... ¿A qué has venido aquí, Bernabé? ¿Qué buena o mala pasión te trajo a esta tierra solitaria?

BERNABÉ.— Pienso que soy un espía.

CLARA.— No. Si lo fueses, no hubieses desaprovechado la mejor ocasión de la Historia.

BERNABÉ.— Pero la señora de Dorado, que tanto cariño te tomó, lo cree. ¡Es tan ingenua en sus preguntas, tan transparente en su curiosidad!

CLARA.— Necesita un bonito cuento todos los días; y esta vida apartada no se hizo para ella.

BERNABÉ.— Yo hubiese querido poner ante Clotilde unas preciosas aventuras de espionaje. Y mi vida, la de un hombre vulgar, no tiene para ella interés.

CLARA.— Entonces... ¿A qué viniste aquí, Bernabé?

BERNABÉ.— Por miedo, sencillamente; por miedo a la muerte y por miedo a la vida. Por el temor de enfrentarme con la tragedia humana, como tantas otras veces tuve que ~~sentirme~~ hacer, pertenecer, como tú y como tantos otros, a una generación desgraciada a la que ha correspondido ser testigo de una vergonzosa crisis de la Humanidad. De niño, de adolescente, de joven, he sido testigo de adversidades sin cuento y de dolores sin remedio; no estaba en mi mano evitarlos, ni siquiera rehuirlos. Como un barquichuelo a merced del oleaje, fui dando bandazos, esquivando este escollo o salvando aquel riesgo; y, cuando un día de imprevisible calma, me encontré con unas monedas en mi bolsa y un caudal de sufrimientos en mi vida, me horroricé al advertir que una nueva catástrofe nos esperaba, y acepté esta promesa de evasión que nos habían ofrecido unos hombres que comulgaban con nuestra esperanza y nuestra desesperación. Fíjate qué sencillo, qué vulgar y qué a la altura de todos los mortales.

CLARA.— Y la buena o mala ventura te trajo a esta isla.

BERNABÉ.— La buena; porque aquí estabas tú: la única que vino contra su voluntad; la única a quien no arrastró ningún interés; la única que sueña con el día de reintegrarse a un mundo, del que no desertó. Porque todos nosotros, por miedo, por lucro o por egoísmo, no somos más que desertores; cobardes evadidos de un mundo que nos creó y que hemos abandonado al convertirse en hoguera, con el sano propósito de volver a él cuando sea un montón de cenizas que nos infamen.

CLARA.— Es doloroso oírte, convencido de tu equivocación.

BERNABÉ.— ¡Repito que me alegro porque aquí estabas tú; y porque así puedo defender, en todo caso, tu razón, que es la que vale.

- (SUENA UN DISPARO LEJANO)
- LOS DOS.— (SIMULTANEAMENTE) ¿Un tiro? (AMBOS DIRIGEN AL MISMO TIEMPO SUS MIRADAS HACIA EL RINCÓN DONDE ESTABA LA ESCOPETA)
- BEHNABE.— ¡De mi escopeta!
- CLARA.— (DINQUETA) ¡Te han robado el arma!
- BEHNABE.— ¿Para qué y contra quienes? Esperame aquí.
- CLARA.— No podría, voy contigo; he empezado a tener miedo de verme sola. (SE VAN POR LA DE FICHA) (SUENA OTRO DISPARO MAS LEJANO) (POR EL FONDO LLEGAN JUNTOS MACKENA Y EL DOCTOR, LUEGO, POR LA IZQUIERDA, SONIA)
- DOCTOR.— (QUE TRAE BAJO SU BRAZO UN LARGO TUBO DE LATÓN) En este Paraíso, si señor. Todo es posible. Suena un tiro, y dime uno para su capote: "Bueno; como si fueran dos". (UN TERCER DISPARO DENTRO, MAS LEJANO) Es igual; todos somos unos, y nos hallamos unidos por los mismos ideales.
- MACKENA.— Por los mismos intereses.
- DOCTOR.— ¿Y qué es el interés sino el ideal más sincero del hombre? Un niño apenas sabe hablar, y ya se lleva la mano al pecho para defender su juguete: — "¡Es mío! ¡Es mío!" El propio interés juega en seguida en el alma humana; y ésta es la que se encarga de idealizarlo.
- MACKENA.— Pero, ¿cómo idealiza usted este aprendizaje de Robissones? No tenemos más que los inconvenientes de esta vida...
- DOCTOR.— Pero ninguno de los peligros de aquella muerte. Lo que hemos de hacer, en beneficio de toda la Colonia, es ayudarnos unos a otros.
- MACKENA.— Yo pongo de mi parte lo que puedo: frenar a cada instante mi indignación.
- DOCTOR.— (SORRIENTE) Usted, — no me lo niegue — puede hacer más.
- MACKENA.— ¿Por ejemplo?...
- DOCTOR.— Por ejemplo, poniendo sobre esta mesa el bote de leche condensada que lleva en el bolsillo. (SE LO EXTRAE DE LA AMERICANA)
- MACKENA.— (CONFUSO) No dudará usted...
- DOCTOR.— Exacto: sin la menor duda. Le vi de lejos tomándoselo en el pinarillo; y le seguí luego hasta aquí. No se debe protestar en comunidad y cometer después faltas que yo llamaría desleales. (LE ENTREGA EL BOTE A MACKENA, Y ESTE LO COLUCA SOBRE LA MESA) ¿Dónde tiene usted los demás botes?
- MACKENA.— Me ofende usted con sus gratuitas suposiciones. Yo no le he preguntado todavía qué oculta en ese tubo.
- DOCTOR.— (SORRIENDO A SU SORPRESA) Cierro. Ná yo se lo diré. Somos tal para cual: defendamos con gallardía los productos de nuestros robos.
- MACKENA.— (DESCOMPUERTO) Mida bien sus palabras, Doctor. ¡Yo no he robado nada!
- SONIA.— (QUE ACABA DE APARECER POR LA IZQUIERDA) ¿Quiere usted repetir delante de mí?
- MACKENA.— ¿Vá a querer vengarse de mi negativa a protegerla?
- SONIA.— Voy a relatar, si es necesario, una escena de la que fui testigo.
- DOCTOR.— No me interesa. El señor Mackena restituirá lo que su reflexión le aconseje. Están pasando demasiadas cosas en este rincón del mundo para que nuestro amigo agregue (MUY MARGADO) una pequeña infamia más. De mis labios no saldrá una palabra pública de reproche; pero confío en que sea más elocuente su conciencia. (SE VA POR LA DE FICHA)
- MACKENA.— (CUANDO SE HA QUEDADO A SOLAS CON SONIA) ¿También aquí Oriente contra Occidente?
- SONIA.— También aquí; pero ni usted ni yo somos dignos de representar tan vastas concepciones. Guárdese el tarro de leche y llévelo a la tienda del Secretario con los demás que conserva en su poder; que yo haré lo mismo con los que usted me dió. Creyó usted comprar mi silencio y yo tuve la ingenuidad de creer que me entregaba algo suyo.
- MACKENA.— (QUE RECIBE Y GUARDA EL BOTE) ¿Qué silencio tenía yo que comprar?
- SONIA.— pensé que el señor Mackena era más inteligente y que, al verme, se había dado cuenta del motivo de mi presencia aquí. ¿No me reconoce Gerardo Withman?
- MACKENA.— ¿Eh?...
- SONIA.— No se acuerda de la Secretaria del Director de la Compañía Asiática de Seguros? No se esfuerce; yo era entonces rubia eventual y ahora tengo que conformarme con mis cabellos negros permanentes. ¿Qué fue de toda aquella palabrería galante, de aquellas promesas falsas y enigmáticas?
- MACKENA.— Me está contando un cuento chino.
- SONIA.— La procedencia del cuento no la sé; pero el capital de la Compañía bien podía ser chino o pakistanés. Gerardo Withman, agente de su central, desapareció un día de la Organización. Poco después, el principal accionista

denunció el robo de su paquete de acciones. Y del miserable agente no se pudo hallar el menor rastro.

MACKENA.- Estamos a muchas millas de todo ese mundo desagradable de los negocios. Y de todo eso ya apenas queda nada. Queda el "honorable financiero" señor Mackena, que surgió otro buen día en América, con

SONIA.- la carga oculta de ese y otros delitos de Gerardo Withman. Y como la Prensa gráfica se inventó para algo más que para publicar retratos de futbolistas, una tarde pudimos comprobar en el PARIS-MATCH que el honorable financiero retratado y el desleal agente fugado eran la misma persona.

MACKENA.- Imaginaciones de mujer ofendida en su amor propio por no haber visto yo en ella más que a una triste secretaria.

SONIA.- Entonces, ¿por qué le molestó verme descender del avión? Supuso usted, con fundamento, que había venido detrás de su persona; que seguía los pasos del señor Mackena y que estoy dispuesta a desenmascararle sino restituye todos los papeles y documentos que no le pertenecen.

MACKENA.- ¿Dónde estarán ya mis papeles de negocios!

SONIA.- ¿Dónde? Usted es incapaz de desprenderse de ellos; usted los ha traído y me los entregará... o me convertirá en su acusadora perpetua ¡ante quienes sean! ante las dos docenas de seres vivientes que quedan después de la catástrofe!

MACKENA.- (DÁNDOSE POR VENCIDO) Acabemos, Sonia. Occidente está dispuesto a negociar.

SONIA.- Ni usted es Occidente ni yo puedo ser Oriente frente a un hombre de su condición.

MACKENA.- Te prometo el casamiento... cuando todo haya terminado. (CÍNICO) No habla descubierto en tí ciertos encantos femeninos. (ACEFCNDOSE A ELLA Y SE RETIRA)

SONIA.- ¡Canalla! Sepa que para usted la guerra no ha acabado, porque aquí estoy yo para sostenerla. En silencio, con mucha discreción, sin que nadie se entere, pero con toda entereza: con la misma entereza con que una tarde, ¿se acuerda?, Gerardo Withman tuvo que salir de mi oficina con la mejilla enrojecida por la mano de una infeliz Secretaria. (ENTRA EN ESCENA CLOTILDE)

CLOTILDE.- (CON UNA TARJETA POSTAL EN LA MANO) "Felicidad, tantos de tantos"... Ya sé que aquí no hay Correos; pero yo voy entregando mis postales en la Oficina... y algún día llegarán a donde sea. (A MACKENA) ¿Ha visto usted al niño de Leticia?: da lástima verlo. No le sienta este clima... ¡y como aquí no llega aún el pelargón! (DÁNDOSE CUENTA DE QUE INTERRUMPE UNA CONVERSACION) ¿Hablan ustedes de algo interesante? Lo digo, porque si me estorbo... (SENTÁNDOSE ANTE UNA DE LAS MESAS) Yo sigo con mis tarjetas de viaje... y en paz.

MACKENA.- La señorita Sonia me recordaba sus aficiones por la Historia. Le gusta mucho recordar el pasado.

CLOTILDE.- Pero, si ya la Historia no interesa a nadie! ¡Ni siquiera a los que viven de ella! ¿qué puede importarnos ya Napoleón?

SONIA.- Sus victorias, acaso no. Pero, ¿y su destierro en la isla de Elba?

CLOTILDE.- Lo pasó mal, ¿verdad?

SONIA.- Una isla ignorada en medio del Atlántico... La historia puede repetirse.

CLOTILDE.- pero aquí no hay Bonapartes caídos ni derrotas que ocultar.

SONIA.- ¡Cualquiera sabe lo que cada uno de nosotros tiene que ocultar aquí! Usted misma nos ocultó ayer la historia de su linda pekinesa.

CLOTILDE.- ¡Oh! Fue un cuento inventado para distraer a Leticia; ¡le he tomado tanto cariño a la perrita! (SACANDO UNAS BARAJAS DE SUS Bolsillos) ¿Hoy toca tresillo, canasta o póker?

MACKENA.- (QUE SE HABÍA DESENTANDIDO DE LA CHARLA DE LAS MUJERES) Conmigo no cuentan esta tarde. No estoy de humor. (VA A SENTARSE AL OTRO EXTREMO)

CLOTILDE.- ¡Pues, hijo, no sé qué más quieres: nos gana todos los días y no nos perdona las deudas ni las trampas; y, cuando pierde, se le olvida pagar. ¿Dónde iba a encontrar un Casino mejor?

MACKENA.- ¡Siempre igual! ¡Siempre con la misma compañía!

SONIA.- Muchas gracias. El señor Mackena no olvida sus juegos de Europa. ¡Qué lástima que ahora sean tan peligrosos!

CLOTILDE.- (A MACKENA) Le advierto que maldita la falta que nos hace. (MIRANDO

HACIA LA DE HÉCHA) Por allí vienen dos sustitutos en lugar de uno. Por esta vez se ha quedado usted con las ganas de estropear la partida. (ENTRAN, EN EFECTO, DAVID Y OCTAVIO; ESTE TRAE LA ESCOPETA EN LA MANO DE HÉCHA Y UN PATO MUERTO EN LA IZQUIERDA)

OCTAVIO.- ¡Carne de pato para mañana!

MACKENA.- ¿Acústico o silvestre?

DAVID.- ¡Qué más da! El primero que se puso a tiro. Es muy rica la fauna en esta tierra; parece que la providencia se apiadó de nosotros y procura darnos variedad en nuestras comidas. (BROMEANDO, A MACKENA) para que nuestro ilustre amigo no tenga que apuntar más en el libro de reclamaciones.

MACKENA.- Solemnizemos mañana con pato la fiesta de San Jorge.

CLOTILDE.- Eso me entiendo; que haya al menos un rincón en el mundo donde se puedan tributar homenajes gastronómicos.

OCTAVIO.- (MOSTRANDO EL PATO) Pues tiene la palabra nuestra cocinera de honor: ¡pato asado a la americana, con salsa tártara! No dirán ustedes que no me siento fraterno. (RIEN TODOS, AUNQUE CON POCAS GANAS)

CLOTILDE.- ¿Jugamos una partidita?

DAVID.- (DISPONIÉNDOSE A SENTARSE A SU LADO) Aquí es usted la que dispone.

CLARA.- (APARECIENDO POR EL FONDO SEGUIDA DE BERNABÉ) ¿Qué hiciste con la escopeta de este hombre?

OCTAVIO.- No te apures, mujer; nada que te inquiete: dáros mañana que comer.

CLARA.- (VIENDO EL PATO Y TRANQUILIZÁNDOSE) ¡Ah!...

OCTAVIO.- (ENTREGANDO LA ESCOPETA A BERNABÉ) Toma tu arma. No quiero quitarte el puesto. Y conste que yo he sabido también respetar buenas piezas.

CLARA.- No te entiendo.

OCTAVIO.- Cuando nos acercábamos al Bosque se nos puso a tiro una preciosa gacela.

CLARA.- (ASUSTADA) ¡No!...

OCTAVIO.- Eso mismo dijimos nosotros. ¿Verdad, señor Ferguson?: "la gacela es sagrada, dijimos, porque es buena amiga de nuestros amigos. Pero la muy pícara no desaparecía de nuestras miradas.

DAVID.- (QUE SE HA SENTADO A LA MESA CON CLOTILDE Y SONIA) Parecía como si quisiera venirse con nosotros.

BERNABÉ.- Ese animalito es capaz de echarte de menos. (A TODOS) Y, si alguna vez la gacela apareciera en nuestro campamento, ¿qué trato le daríamos?

MACKENA.- ¡Pensión completa! (RIE) ¿No están conformes? ¡Con calefacción y cuarto de baño!

CLARA.- (SERIA) Le bastaría un poco de cariño.

CLOTILDE.- Tienes mucha razón, hija mía. ¡Qué trabajo cuesta aceptar que los animales son también hijos de Dios!

(SUENA, COMO ANTES, UN TIRO LEJANO. TODOS VIVEN UN MOMENTO EN UN SILENCIO DE PÉ, COMO IMPULSADOS POR UN RESORTE)

TODOS.- ¿Eh?...

CLARA.- ¿Quién ha podido disparar ahora?

OCTAVIO.- No hay servible más que esa escopeta.

MACKENA.- ¡Impresión!

DAVID.- (CONTENIENDO A LOS QUE SE DIRIGIAN HACIA EL FONDO) ¡Seriedad, señores! ¿Y la pistola del Doctor?

CLARA.- ¡Ah! ¡La pistola!...

MACKENA.- El Doctor con su pistola es un irresponsable. En sus manos es un juguete peligroso.

DAVID.- Con cuidado, sin ofenderle, conviene, Octavio, despojarle de un arma que él no sabe utilizar.

OCTAVIO.- ¿Voy a buscarlo?

DAVID.- Puede acompañarte Bernabé. Estará, como siempre, por los cañaverales del lago.

(POR LA IZQUIERDA APARECE EL DOCTOR. YA NO LIEVA EL TUBO CONSABIDO)

DOCTOR.- (ENTRANDO) Si el mundo permaneciese en paz, estaríamos en constante peligro, por las pruebas nucleares, que afectan a las regiones más alejadas de los centros de población; pero, ya en plena catástrofe mundial, los Gobiernos beligerantes no se ocupan de esas menudencias. (TODOS LOS CIRCUNSTANTES LE OYEN UN POCO ASOMBRADOS)

DAVID.- ¡Doctor! ¿Qué hacía usted?

DOCTOR.- (POR OCTAVIO) Lo que éste y lo que todos. A nadie le está vedado un ~~pe~~ poco de esparcimiento.

DAVID.- ¿Y...eso? ¿Dónde lo ha dejado?

DOCTOR.- Lo enterré; yo, también tengo que tomar mis precauciones.

OCTAVIO.- Pero una pistola enterrada, puede estropearse.

DOCTOR.- ¡Bah! La pistola! (EXTRAE DEL BOLSILLO POSTERIOR DE SU PANTALÓN UN PEQUEÑO REVOLVER) ¿Para qué la quiere? La llevo siempre descargada.

MACKENA.- Entonces, usted, no ha disparado?

DOCTOR.- ¿Y para qué iba a dispararla? ¿La necesitan ustedes?

DAVID.- En realidad, ~~no~~ no.

DOCTOR.- En esta paz en que vivimos, ¿para qué queremos las armas? (SUENA DENTRO OTRO TIRO, SIEMPRE LEJANO)

DAVID.- (YA INTENSAMENTE PREOCUPADO) ¿Otro? ¡Ya éste no tiene explicación.

MACKENA.- ¡Hemos sido traicionados!

CLOTILDE.- (ASUSTADA) ¡Socorro! (BEHABE CON SU ESCOPETA, CLARA Y OCTAVIO SE VAN POR EL FONDO RÁPIDAMENTE)

DAVID.- ¡Imposible, un desembarco! Esta isla no la conoce nadie: está totalmente ignorada!

DOCTOR.- Debimos figurárnoslo. ¿Totalmente ignorada? No hay ~~ninguna~~ duda, amigo: esta isla es base de un submarino alemán!

(CLOTILDE, TRANQUILIZADA Y ENCANTADA, ABRAZA A DAVID, MACKENA, EN UN ARRANQUE INSTINTIVO, PRETENDE HUIR; PERO SEVERAMENTE SE LE INTERPONE EN EL CAMINO SONIA, EL DOCTOR SONRÍE SATISFECHO)

TELÓN